

OBRAS Y AUTORES

León Livingstone: "Tema y Forma En las Novelas de Azorín"

Por HERNAN DEL SOLAR

Hay preguntas que echan por tierra los mejores propósitos de un investigador literario. Si comienza el autor de hacerlas al comienzo de su investigación, queda fuera de ella, y para volver a sus cabales no tiene más remedio que prescindir de toda posible respuesta y seguir adelante con el ánimo herético de quienes poseen una clara vocación de mártires.

Vamos al caso. ¡Ay de aquel que al ponerse a estudiar a un poeta o un novelista se pregunta, con torpota inocencia, qué es poesía o qué es novela! No podrá seguir trabajando o lo hará a trencenones. Porque ocurre que razón para a ciencia cierta qué es novela o qué es poesía. Es decir, el lector o sabe casi siempre. No se equivoca cuando lee un poema o una extensión y la vez entendida narración. Si se le pregunta, responderá en seguida: ¡es poesía, es una novela.

Pero el investigador literario no podrá decirlo con tanta seguridad. Ha leído tantas contradicciones estrofas de la poesía y de la novela que prefiere cerrar los ojos, hacerse al agua y abogar. Es la única posibilidad de salvación.

La audacia de León Livingstone sobrepasa todo límite. Aquí tenemos su "Tema y forma en las novelas de Azorín", publicada por Editorial Gredos, de Madrid, y la vamos a leer desde el final de la obra, después de más de cincuenta páginas de prologos y breves indagaciones. Cualquiera repare, sin embargo, en los grandes peligros que han procurado atajarle. No sólo ha tenido que vérselas con la novela en general, sino que con la particularidad de Azorín hay por el mundo buenos críticos — algunos grandemente severos — que en cuanto oyen hablar de que Azorín es novelista se crujan de arriba abajo y juran por los dioses que en su vida no oírlo ni disputar mayor. Veamos el porqué de los tremendos conquisitos. Desde luego, los libros de Azorín no tienen coherencia, son entecos, parecen esquizofrénicos, les importa poquitísimo hablar de los demás, si cuentan una historia la interrumpen de pronto por largo silencio o para siempre, y están llenos de pasajes, de pequeñas cosas que por lo general pasan inadvertidas al más ojalá observador. En buenas cuentas, son los antipodas de los libros coherentes, alborotados de aventuras, reflexiones, suspensos, vicisitudes y pasiones desencadenadas, que pueblan las ficciones de este mundo con el nombre de novelas. Las de Azorín pertenecen, como decíamos, al lado diametralmente opuesto de la tierra. No obstante, Azorín es de este mundo occidental, pertenece a la gran literatura que se produce en nuestro tiempo, y sus obras no son eno las imágenes perfectas de un mundo que concebimos. Capta, no. La realidad de su tierra y de su época le sirve a Azorín de pretexto para construir un mundo propio. Pero, aquí está lo que más importa, este mundo propio es auténtico, lo habra gente verdadera, nos parece con toda exactitud el que nos mira, y al mismo tiempo le advertimos una puebla, una gracia, una simplicidad encantadora que no habíamos percibido. En suma, Azorín — como gran escritor que es — es hombre que enseña a mirar, a ver. Se le llama novelista o no, para el caso es lo de menos.

No lo es para León Livingstone. Si escribe el libro es para tratarlo como novela, para mostrarlos respectivamente que lo es, examinando todos los elementos que sirven a Azorín para la construcción de su narración. Y pese a

eso, con inteligencia y claridad convincente, va señalando los rasgos fundamentales que hacen de Azorín un reformador de la novela. No es un novelista cualquiera, convencional, conformista, dispuesto a seguir los corrientes ensayados, recibidos por otros. Lo que Azorín ha hecho desde el comienzo de su carrera literaria es una búsqueda constante de un tipo de novela que represente plenamente su sentido de la vida, de los hombres, de las cosas. Si ha descubierto la trama y la creación de caracteres, no ha sido por herencia técnica, como pudo suponerse algún comentarista precipitado. Le asiste racores muy claras y buenas, que León Livingstone exhibe sin pudor, pero con gran conocimiento de la literatura, no únicamente la de Azorín y la española. Lo curioso es que cuando se ataca a Azorín por su carencia de personajes podría responder a tales ataques a los libros tan de esta hora como *Amor Bobbe-Gillett*. "Como en nuestros libros no hay 'personajes', en el sentido tradicional de la palabra — escribe el novelista francés — se ha tenido que aproximarse a la conclusión de que no hay hombres en el mundo, no es no saber leerlos. El hombre se halla en cada página, en cada línea, en cada palabra. Toda palabra existe con un sentido de objeto, y descrito con minuciosidad, siempre hay, y de modo primario, la mirada que lo ve, el pensamiento que vuelve a verlo, la pasión que los define... Los objetos de nuestras novelas nunca poseen una presencia fuera de las percepciones humanas, reales o imaginarias; son objetos comparables a los de nuestra vida cotidiana, tal como se hallan en nuestro conocimiento en todo instante".

Un novelista francés considerado de avanzada define así, claro que sin proponérselo, una importante característica de un gran escritor español a quien, además de no considerarse novelista, se le tiene por un viejo de tiempos muy distantes. León Livingstone, conocedor profundo de Azorín, estudia la naturaleza íntima, la estructura interna de sus novelas y, sin que éste sea su propósito primordial, le habla junto a los experimentadores de la novela de estas horas, sin que se advierta en Azorín ni decisión ni bondades menores. Y una vez más, junto a este libro tan reciente, queda a la vista que ciertas opiniones adversas acerca de determinados escritores no son sino productos de la ignorancia. Livingstone lo veja en claro respecto a todos que indistintamente se repiten sobre Azorín. No estudio tiene la importancia de establecer meridionalmente todos los factores que formaron la grandeza de Azorín y dar, a lo largo de la vida, un vivano comentario sobre la admirada generación del 98.

Además, León Livingstone analiza en las páginas finales de su obra: "Si el precedente estudio tiene el aspecto de una crítica defensiva es porque la intención que le ha guiado ha sido seguir al pie de la letra el concepto octogésimo de la crítica como un "terceros esfuerzos para patricular la obra elegida", siendo el deber del crítico de jugar una obra como completa, y por tanto, como "obra". En suma, Livingstone ha conseguido realizar un excelente estudio crítico por la comprensión y reflexivo análisis, el análisis de las normas previas que han presidido la construcción del mundo azoriniano. Formas, estructuras, estilo, con profunda cordialidad. De aquí, citamos:

El trayecto de Azorín [artículo] Darío de la Fuente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuente, Darío de la, 1922-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El trayecto de Azorín [artículo] Darío de la Fuente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile